



"En mi opinión, nada de lo que sea humano es extraño a la filosofía; ésta es el hombre mismo, convirtiéndose en problema y buscando las razones y el fundamento del ser que es suyo. Nacemos biológicamente como una especie animal, y en el proceso del desarrollo social nos hacemos humanos. Por tanto, la filosofía debe tratar al ser humano en su unidad fundamental y en su diversidad no menos fundamental, esto es, en su dimensión histórica, tomando en consideración diferentes culturas y épocas. Toda vez que el hombre es el único ser quien en lugar de persistir en coincidencia consigo mismo, se preocupa por forjarse diferente, es decir, en afanzarse como un ser multifacético."

Mijail Malishev

EL HOMBRE, SER DE VIVENCIAS E IDEALES: TRAZOS ALREDEDOR DE LA OBRA DE MIJAIL MALISHEV



**EL HOMBRE, SER DE VIVENCIAS E IDEALES:**  
trazos alrededor de la obra de Mijail Malishev



HOMENAJE

Roberto Andrés González Hinojosa  
Coordinador



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
EL INCESANTE EMPENO DE LA PREGUNTA POR EL HOMBRE Y LA IDEA DE LA FILOSOFÍA EN LA OBRA DE MUAL MALISHEV <i>Roberto Andrés González Hinojosa</i>	7
EL AFORISMO: EL RAYO QUE RASGA LOS CIELOS <i>Josué Manzano Arzate</i>	25
PREMISAS PARA EL PENSAR, A PROPOSITO DE LA OBRA DE MUAL MALISHEV <i>José Antonio Chávez Ramírez</i>	41
MALISHEV Y EL ARTE DEL DOLOR <i>Ricardo Quiroz Rodríguez</i>	51
MUAL MALISHEV, LA SABIDURÍA DE MUNDEAR CON IRONÍA COMO ACTITUD ANTE EL EXISTIR <i>José Luis Álvarez Lopezello</i>	67
IMPRESIONES, AFORISMOS Y SISTEMA: UNA PERSPECTIVA ACERCA DE LA OBRA DE MUAL MALISHEV <i>Pedro José Hinojosa Gutiérrez</i>	79
CINCUENTA AÑOS DE AFÁN EDUCATIVO <i>Hermínio Niñez Villavicencio</i>	93
ALGO MÁS SOBRE LA MADERA RETORCIDA. LA AFORISTICA DE MUAL MALISHEV <i>Marco Antonio Urdapilleta</i>	109

Primera edición: 2018

© Roberto Andrés González Hinojosa

© Editorial Torres Asociados

Coras, manzana 110, lote 4, int. 3, Col. Ajusco

Delegación Coyoacán, 04300, México, D.F.

Tel/Fax 56107129 y tel. 56187198

editorialtorres@prodigy.net.mx

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes,  
para fines comerciales, sin la previa autorización escrita  
del titular de los derechos.

ISBN: 978-607-98251-5-7

Malishev, ¿Es posible enderezar la madera torcida de la humanidad? (Reflexiones en toma a la razón práctica kantiana), México, Plaza y Valdés, 2018

Malishev, *Amor culpa y muerte: dimensiones vivenciales*, México, UAEMéx, 1997

## CINCUENTA AÑOS DE AFÁN EDUCATIVO

*Hermínio Niñez Villavicencio*<sup>14</sup>

Quien ha servido durante cinco décadas en la educación, sin escamoteos ni remilgos, muestra una entrega ejemplar a la actividad que ha venido realizando, su valor es mayor si su labor se ha concentrado en la formación humana. Cincuenta años de docencia traslucen un profundo amor por la humanidad, predilección que no es fácil encontrar en nuestros días.

Ante los acelerados cambios que estamos viviendo se escucha decir que los verdaderos maestros ya no existen, ya no vemos a los que verdaderamente eran preparados y en los que más se apreciaba su sincera dedicación, su incondicional y desinteresado interés en guiar a la juventud, aquellos que no perseguían bien material alguno sino la promoción de las capacidades humanas de los educandos. Docentes así, aunque contados con los dedos, todavía los hay y Mijail Malishev es uno de ellos. En esta oportunidad me hubiera gustado mencionar las preces, el honor, la estima y consideración que ha obtenido a lo largo de sus años de actividad, pero en esto no puedo ir más allá de referirme de manera limitada, no ya a su trabajo académico y principalmente filosófico que, sin duda, alcanza mayor relieve si se conjuga con otros aspectos de su experiencia de vida, no puedo referirme a ello porque lo desconozco y si lo intentara sería injusto, han sido exiguas las posibilidades que hemos tenido de diálogo y convivencia. Me es difícil el relato de una vida, porque narrarla pide abundancia de datos y penetración que permita escoger aquellos que sirven en

<sup>14</sup> Dr., en Filología por la Complutense de Madrid. Profesor Investigador en La Facultad de Humanidades de la UAEM.

la construcción de una semblanza o bosquejo biográfico. No intento, ni de lejos, esbozar una pequeña biografía que sería, en sentido preciso, una obra literaria que, en tanto tal, se basa en lo observado y sabido ampliamente sobre el personaje. Intentaré mi relato compuesto de cabos sueltos que apenas logran hilvanarse sin conseguir salda secuencia narrativa. Se trata de una construcción hecha de impresiones, suposiciones y diálogos entrecortados.

Las primeras imágenes, los momentos apenas recordados, los gestos y muchos elementos más que en esta ocasión son el material de construcción se han erosionado con el tiempo y parecen no decir ya mucho, sin embargo, les queda algo de perdurable y en su realidad borrosa se mantienen como aspectos que conforman la imagen de la persona que desde su primer encuentro causó algún impacto por su condición de extranjero, de diferente, de otro.

Mijail y yo hemos sido compañeros en esta Facultad de Humanidades, pero pertenecemos a diferentes áreas, de manera que en un inicio parecía extraño que pudiéramos intercambiar algunas palabras e ideas. No obstante, llegaban a mí algunas de sus aserciones que profecía con tono llamativo cuando a un lado de su charla yo pasaba hacia o regresaba de una sesión de trabajo. Lo que alcanzaba a oírle y lo que su peculiar fisonomía me provocaba, originaban varias preguntas, me movían a imaginar momentos y figuras de lo poco que conocía de la historia de su extenso y distante país, me preguntaba ¿qué motivos tiene este profesor ruso para estar aquí codo a codo con nosotros en esta ardua pero gratificante labor de docencia? El tiempo pasaba y su simple presencia en el patio o en cualquier otro lugar de las instalaciones me llevaban al mundo de Chaikovski, o de Tolstói y Dostoievski, de los zares, de M. Bajtin, de Lenin y de Stalin de quien años después Mijail me mencionaría cierto resentimiento por lo que este personaje hizo como mandatario de su país y que repercutió de manera tormentosa, trágica, en su familia. Al inicio, parecía que no habría ocasión de un acercamiento mayor entre dos colegas

que simplemente se encontraban por exigencias de trabajo, todo parecía quedar anclado en el gesto de un saludo. Pero llegó un día en el que, tal vez habiendo previamente hablado con otra persona de su estancia en el Centro de Investigaciones Sociales y Humanidades de la UAEM, con animosidad Mijail dirigió frontalmente sus pasos hacia mí diciendo: ¡así es que usted en un pasado ha sido responsable de esta Facultad! Su acercamiento me desconcertó, y el tono de sus palabras todavía más porque venían de un desconocido y extranjero. Debo admitir que sentí su aproximación casi como un reto o al menos como un reproche; pero también la agradecí porque en fin de cuentas rompió el aislamiento entre nosotros y, desde entonces, también comprendí que su acercamiento no era hostil sino más bien lo contrario. Los intercambios de saludos y palabras fueron creciendo, entonces me interesó distinguir cuál es su forma de pensar, cómo es su postura filosófica. Varias veces lo he escuchado decir que es kantiano, pero también he notado su disposición abierta en situaciones que Kant no ayuda a resolver. En fin, reconozco que no puedo formular un juicio en este sentido y, en su defecto, trataré de exponer mis impresiones que tal vez dibujen una respuesta a la pregunta expresada en líneas anteriores y que señalan atributos mayores de los que otorga el hecho de pertenecer a tal o cual corriente filosófica.

Siento que en esta ocasión debo agradecer a Mijail su amistad, la disponibilidad que me ha brindado, su confianza, cuya bondad habrá sido para mí, como para tantos otros, una fuente viva que propicia cierto sosiego y regocijo, pero enhebrados con la tensión que produce su pensamiento en el que no logro ver que considere el ser como lo concebía Platón, pero tampoco pone la mirada en la nada como sucede en la filosofía de Heidegger. He mencionado grandes figuras de su país, entre las que también hay filósofos, pero mis impresiones sobre el pensamiento de Mijail me evocan con más fuerza aspectos de otro pensador que no es ruso, pero que empalma mejor con lo que distingo

como sobresaliente, no sólo en su pensamiento, sino en general en su convivencia con nosotros: su inmenso respeto y admiración por lo humano, asombro que lo hace rehen de su incansable investigación, que de antemano sabe será inagotable. Como en Emmanuel Levinas, en Mijail percibo una atracción, una inquietud por lo desconocido, lo desconocido en el sentido que preocupaba a Levinas.<sup>115</sup>

Pero eso desconocido nos atrae a todos y en cualquier lugar. A Mijail tal vez lo impulsó a dejar su país, agregando a ello determinadas circunstancias que hacían inevitable esta decisión. Sin duda tuvo algún tipo de apremio que lo indujo a partir hacia lo desconocido, hacia lo que amplía la complejidad que hubiera encontrado en su lugar de origen: otros rostros, otros hábitos y costumbres, idiosincrasias diferentes, afectos, espacios, climas, etc. Me refiero aquí a ese no saber que en este caso no es una falta, ni siquiera una carencia, sino una afición a lo desconocido y que me hace pensar que en Mijail es el elemento clave de su curiosidad en general, pero centrada en su relación con el Otro. Si mi sospecha acierta, explica en alguna medida su incondicionada amistad y hospitalidad de pensamiento, que es indispensable en la transcendencia del extranjero, en la consideración de la distancia infinita en la que el Otro se encuentra. Pienso en Bajtin, en Tolstoi, en Dostoievski, pero las impresiones que me ha causado la presencia entre nosotros de Mijail compaginan mejor con el legado de otro pensador de diferente nacionalidad, por cierto, no muy lejano a la suya. Desconocido es la palabra que Maurice Blanchot escogió para titular uno de sus ensayos: "Conocimiento del desconocido", que consagró a Emmanuel Levinas en la ocasión en que se encontraron en Estrasburgo en 1923. Desde entonces Levinas fue para Blanchot el amigo, la amistad misma del amigo.

<sup>115</sup> E. Levinas, *Dios, la muerte y el tiempo*, trad. cast. de Ma. L. Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1994, p. 27

Sin la mínima presunción y sin intentos de igualdad me aventuro también a pensar que sin duda para otros o, en todo caso para mí con toda seguridad, la edificante amistad de pensamiento es una bendición, como lo fue la amistad entre Maurice Blanchot y Emmanuel Levinas, su devoción mutua fue una gracia, como lo sigue siendo toda relación de fidelidad absoluta entre pensamientos que se encuentran en la convicción de sus limitaciones y en la conciencia y el apremio de complementación. Resulta tal vez paradójico, pero sigue habiendo bendiciones semejantes en nuestro tiempo, no obstante, la crispación de nuestras vidas por el torbellino de actividades a realizar, a pesar de la frustración y el enojo que produce nuestra experiencia del día a día. Por más de una razón estas bendiciones irrumpen también en las vidas de aquellos que tuvieron el escaso privilegio de ser amigos.

Después de haber expresado que en el origen de la amistad hay casi siempre una atracción mutua, también considero que lo que mantiene viva esta relación es el progresivo y nunca acabado conocimiento del otro. En esa tensión tenemos el impaciente presentimiento de lo Otro que, como dice M. Blanchot, nos sorprende, nos conmueve, nos arrebat, sacándonos de nosotros mismos.<sup>116</sup>

En la consideración de la presencia de Mijail entre nosotros me hace recordar a Emmanuel Levinas, porque en su libro *Totalidad e infinito* ha hablado en nuestro tiempo, más y de manera admirable y grave, poniendo en tela de juicio nuestra forma de pensar y nuestra fácil veneración por la ontología, en este libro encuentro un llamado a volver la mirada y asumir la responsabilidad de retomar en consideración lo que ella es esencialmente, acogiendo, con todo el respaldar y la exigencia infinita que le son propios, precisamente la idea del otro, la relación con el otro. Por que en este libro —dice M. Blanchot— se da un nuevo punto

<sup>116</sup> Maurice Blanchot, *El diálogo inconcluso*, trad. cast. de P. de Place, Caracas, Monte Ávila, 1970, p. 99

de partida de la filosofía, se da un salto al que se nos anima a realizar, tanto a la filosofía como a nosotros mismos.<sup>117</sup>

Repito, sin querer equiparar los casos, la amistad de E. Levinas con M. Blanchot nos ayuda a penetrar la relación que estamos viviendo con Mijail, se trata de una convivencia en la indagación, es convivencia de estudio con quien hemos estado al lado a lo largo de los años, en los que ha sido un compañero, a quien nos hubiera gustado haber leído y releído, a quien hemos oído de paso en sus entusiasmasadas discusiones con alumnos y colegas, pero del que esperamos todavía hallazgos y sorpresas que ayuden no sólo a pensar de otra manera, sino incluso a releer aquello que ya debimos haber leído, es un interlocutor que tiene todavía en reserva mucho más de lo que le hemos conocido. Su amistad ha sido incondicionada, abierta y prolífica en pensamientos que son fuente de animosidad y a la vez de desasosiego, porque nos saca del conformismo, nos mueve a empezar, a volver a empezar en la interrelación de variados temas que le son predilectos. En la comunicación con Mijail, por escasa que esta sea, sentimos esa necesidad que no es una coacción sino una fuerza muy suave, que obliga no ya a doblegar de otro modo el espacio del pensamiento en su respeto del otro, sino de llegar hasta esa otra curvatura heteronómica descrita por Levinas:

El otro me mide con una mirada incomparable a aquella por la que yo le descubro. La dimensión de *altura* en la que se coloca el Otro es como la curvatura primera del ser en la cual se sostiene el privilegio del Otro, el desvelamiento de la trascendencia. El Otro es metafísico. (...) La relación con el Otro no se convierte, como el conocimiento, en gozo y posesión, en libertad. El Otro se impone como una exigencia que domina esta libertad, y a partir de aquí, como más original que todo lo que pasa en mí.

<sup>117</sup> Blanchot, *Miden*, p. 106

(...) La presencia del otro—heteronomía privilegiada—no dificulta la libertad, la inviste.<sup>118</sup>

Es una curvatura o punto que nos remite a lo radicalmente otro, de acuerdo con la ley que requiere llegar hasta la otra prelación infinita de lo radicalmente otro. Acoger, aceptar al otro ha sido una llamada a alterar discreta pero irreversiblemente los pensamientos más fuertes de este inicio de siglo, empezando por los de Husserl o Heidegger que, por otra parte, el mismo Levinas introdujo en Francia hace ya casi noventa años. *Totalidad e infinito* demuestra que no sólo "la esencia del lenguaje es bondad", sino también que "la esencia del lenguaje es amistad y hospitalidad". Plantear el ser como Deseo y como bondad no equivale a aislar de antemano un yo que tendiera luego hacia un más allá. Tiende más bien a afirmar que captarse desde el interior—producirse como yo—es captarse mediante el mismo gesto que se vuelve hacia el exterior para extra-verter y manifestar—para responder a lo que capta—, para expresar, que la toma de conciencia ya es lenguaje, es bondad, o aún, que la esencia del lenguaje es amistad y hospitalidad. La Francia hospitalaria que acogió a Levinas le debe mucho a este extraño, y entre sus obligaciones está la de agradecer los acontecimientos disruptivos en el conocimiento, de los cuales dos son especialmente inaugurales, cuya medida resulta difícil calibrar todavía, dado lo incorporados que están en el elemento mismo de nuestra cultura filosófica después de haber transformado su paisaje.

En 1930 Levinas señalaba en el prefacio de uno de sus libros lo siguiente: "El hecho de que en Francia la fenomenología no sea todavía una doctrina conocida por todo el mundo nos ha puesto muchas trabas en la composición

<sup>118</sup> Emmanuel Levinas, *Totalidad e infinito*, trad. cast. de D.E. Guillot, Salamanca, Sígueme, 1977, pp. 109, 110

de este libro"<sup>119</sup>. Al escribir esto Levinas tenía en mente su tesis doctoral defendida y publicada en ese año. Lo mismo se puede decir—decía Levinas—de la filosofía tan potente y original de Martin Heidegger<sup>120</sup>.

El otro acontecimiento traumático que se adueña a Levinas—traumático en el sentido de "traumatismo" que Levinas gustaba recordar—es el traumatismo del otro<sup>121</sup>, miedo que procede del otro, y consiste en el quiebre o cambio de dirección que alentó a leer en profundidad y a reinterpretar a los pensadores ya mencionados y a tantos otros como Descartes, Kant, Kierkegaard, y a escritores como Dostoiévski, Kafka, Proust, etc. En este cambio E. Levinas desplazaba lentamente la trayectoria o el orden mismo de la fenomenología y de la ontología que el mismo había introducido avanzada la primera mitad del siglo XX. Y esto lo hizo digramente, sin polemizar, desde el interior, fielmente y desde muy lejos, porque ha sido una mutación discreta pero irreversible, singular y poderosa que ha logrado marcar de forma imborrable el espacio y el cuerpo de algo que es más que un simple diálogo entre el pensamiento judío y los que son otros, las filosofías de ascendencia griega, los otros monoteísmos abrahámicos. Esa mutación ha pasado por la obra de E. Levinas, quien tenía de esa inmensa responsabilidad una conciencia clara, confiada, tranquila y modesta.

Nuestra Facultad tiene también una deuda con Mijail, no ciertamente de la misma dimensión y peso, porque todavía no sabemos qué sorpresas podremos tener en sus escritos y en su trato y, principalmente, porque *mutatis mutandis*, las circunstancias de los autores son diferentes. Sea como sea, no se puede negar que en nuestro ámbito Mijail ha propiciado notables cambios proponiendo una visión amplia del pensamiento filosófico (el estudio de otros

<sup>119</sup> Levinas se refería a *Theorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl*, Paris, Vrin, 1930, p. 7

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 15

<sup>121</sup> Levinas, *Dios, la muerte y el tiempo*, p. 27

autores, de otras corrientes filosóficas...). Ahora que festejamos sus cincuenta años de entrega a la actividad que nos hermana, cabe preguntarnos si nuestro extranjero se siente tal sin más o, por el contrario, se considera aceptado y reconocido por (todos) nosotros. De nuestra parte, y hablo sobre todo de mí mismo, tal vez exista algún pesar de no haber atendido hasta ahora de manera suficiente su cercanía, me queda algún grado de aflicción por no haberle sido receptivo en circunstancias que absorbían en la actividad febril, situaciones en que la presteza, los saludos y las conversaciones apenas intentadas postergaban la profusión del diálogo.

En *El diálogo inconcluso*, en respuesta a la pregunta ¿qué es un filósofo? Blanchot señala que en otro tiempo se decía que filósofo es un hombre que se asombra; este autor, por su parte y con una expresión de Bataille considera que un filósofo es alguien que tiene miedo, lo dice con estas palabras que aclaran su acepción de "miedo" y su concepción de lo que es un filósofo: "El miedo empavorece con lo pavoroso, y lo pavoroso es lo que nos hace salir de la paz, de la libertad y de la amistad a la vez. Así, a causa del pavor, salimos de nosotros mismos y arrojados fuera, experimentamos, bajo las distintas especies de lo pavoroso lo que está enteramente fuera de nosotros y es distinto a nosotros: lo externo en sí"<sup>122</sup>. El miedo vulgar sería, entonces, el miedo filosófico en cuanto nos proporciona una especie de relación con lo desconocido, deparándonos así un conocimiento de lo que escapa al conocimiento. Sin embargo hay, en esta experiencia, un movimiento que tropieza frontalmente con la filosofía. El hombre del miedo, en el espacio de su miedo, participa y se une a lo que le da miedo. No sólo tiene miedo, sino que él es el miedo, es decir, la irrupción de lo que surge y se descubre en el miedo.

En este discurrir estoy abusando del parafraseo de Blanchot en su intento de transmitirnos la idea levinasiana

<sup>122</sup> Blanchot, *El diálogo inconcluso*, p. 97

de la reconditez del Otro. Insondabilidad tal que el mismo Blanchot se pregunta si acaso no se trata de un movimiento irracional, y dice que considerarlo así, como irracional sería decir muy poco, porque ya no estamos en eso de reducir la filosofía a la razón, o la razón a sí misma, y también hace ya bastante tiempo que encontramos el miedo de recuperar el sentido—el poder de comprensión de los movimientos de sensibilidad. Blanchot hace en su artículo una distinción y recusa esta definición del filósofo que había propuesto, porque el miedo—la angustia—, o bien no hace salir de sus límites a quien lo experimenta (siendo un miedo experimentado por un Yo en el mundo), o bien lo hace salir de sus límites, destruyendo su poder de ser todavía el mismo (porque se dice “enloquecido de angustia”); en este caso sería algo así como un movimiento estático, místico en el que hay goce y fruición, unión en Y por la repulsión, movimiento que puede venerarse o demigrarse, pero no ciertamente llamarse filosófico, como tampoco podría cumplirse la unión divina bajo la vigilancia de la metafísica. La dignidad única—continúa señalando Blanchot—de la relación que dentro de la filosofía se me propone mantener con lo que sería lo incógnito y que, en todo caso, escapa a mi poder (sobre lo cual no tengo poder), consiste en una relación tal en la que ni yo ni lo otro dejamos de estar, en esta misma relación, preservados contra todo lo que identificaría lo otro conmigo o me confundiría con lo otro o nos alteraría a ambos en un término medio: se trataría de una relación absoluta, dado que la distancia que nos separa no estaría disminuida, sino por el contrario producida y mantenida absolutamente en esta relación.

Es una relación que consiste en preservar los términos que se relacionan de lo que los alteraría y que excluye, por tanto, la confusión estática, la participación mística, pero también la apropiación, todas las formas de conquista y hasta ese lazo que siempre es, en fin de cuentas, la comprensión. En este orden de ideas, Blanchot señala lo que en la filosofía se debe superar, dice que de un modo gene-

ral las filosofías occidentales son filosofías de lo Mismo, y cuando éstas llegan a preocuparse de lo Otro, lo hacen todavía por otro yo mismo, que tiene, en el mejor de los casos, igualdad conmigo y que procura ser reconocido por mí como Ego. Por la enseñanza de Levinas, en cambio, somos llevados a una experiencia radical. El Otro es totalmente otro; lo otro es lo que me supera absolutamente; la relación con lo otro es trascendente, en el sentido de que hay una distancia infinita Y, en cierto sentido, infranqueable entre yo y lo otro que pertenece a la otra orilla. La relación con él es la misma filosofía, la metafísica, dice Levinas.

Esta propuesta no deja de ser una filosofía de la separación. Según ella, se está separado del otro considerado distinto de mí; pero por esta separación, la relación con lo otro se me impone rebasándome infinitamente. Se ha señalado que este es uno de los aspectos más fuertes del libro de Levinas, y su importancia consiste en habernos inducido, mediante su lenguaje admirable, riguroso, magistral, vigilado y sin embargo muy vivaz, a tomar en consideración al otro a partir de la separación, y esto en una forma en la que nos sentimos responsables. En especial se trata aquí de una relación que vuelve a la idea cartesiana de lo infinito. El *ego* finito, yo, pienso lo que me supera infinitamente, es decir, eso de lo que no puedo dar cuenta por mí mismo, porque si tuviese su representación adecuada, haciéndolo igual a mí, entonces sólo se trataría de lo finito. Ante este callejón que parece no tener salida quizá valdría la pena intentar una aproximación que en alguna medida pone en consideración Lacan, pero no es este el momento de desartrollarla. En síntesis, se podría establecer el punto de partida diciendo que el pensamiento que piensa más de lo que piensa es deseo. Pero tal deseo no es la forma sublimada de la necesidad, ni tampoco es el prelujo del amor. Porque la necesidad es una falta que espera estar cubierta; este tipo de necesidad se satisface. El amor quiere la unión. En cambio, el deseo que puede llamarse metafísico es deseo de lo que no nos hace falta, de lo que no puede satisfacerse.

y tampoco desea juntarse con lo deseado: es deseo de lo que le queda inaccesible, deseo de lo otro como otro, deseo austero, desinteresado, sin satisfacción, sin nostalgia ni comprensión. En este sentido, Blanchot nos recuerda que René Char decía: "El poema es el amor realizado del deseo que permanece deseo". Hermosa frase que nos hace pensar en otra característica de Mijail quien en su ir y venir filosófico, de momento parece deslizarse hacia otras esferas, en su acuciosa búsqueda no parece encontrar posibilidad de respuesta a sus problemas y entonces se aventura a incursionar en otros dominios en los que la paradoja, la metáfora y otros recursos pueden dar alguna luz o, al menos, otra manera de querer alcanzarla, porque, en fin de cuentas, se trata de un deseo que permanece deseo, que lo lleva a intentar alguna respuesta y así, pareciera querer rebasar las dimensiones de lo humano. Mijail es apasionado, le atrae sí la filosofía, pero también hace antropología, le gusta la literatura, la sicología y tantas otras disciplinas hasta de las llamadas ciencias duras.

¿Esto sucede tal vez porque su verdadero interés está cifrado en el Otro? Si esto es así, me adhiero completamente a su punto de vista porque no veo importancia de alguna disciplina académica, de algún desarrollo de conocimiento, si estos no están relacionados con el hombre; todos, de una u otra manera, lo tienen como finalidad y algo más, todo conocimiento, en nuestra esfera, es desarrollado por el hombre. En nuestros tiempos nos vemos entretenidos en la construcción de una nueva torre de Babel y mucho más dispersiva quedando siempre en lejanía de lo infinito. Hablamos embalsados por los adelantos cada vez más presurosos de la ciencia y la técnica, —que, como sabemos, muchos de ellos se originan nada menos que en la industria bélica—, nos enorgullecemos de las especializaciones en el conocimiento, pero las vemos como las pintan quienes las promueven, accentuando su aspecto de poder: "el conocimiento es poder". Nuestros modos de vida son de un accentuado individualismo que explica muchos de nuestros padecimientos y busca

eliminar toda posibilidad de socialismo. En nuestro mundo el Otro viene sobrando y es vejado, pisoteado, esclavizado. Esta es la paradoja en nuestros días y que nos obliga a confrontarla porque nos ocupamos de áreas del conocimiento que no buscan ese tipo de "éxito" sino el éxito de lo que nuestras disciplinas y todo el conocimiento tienen como fin. Entonces, el Otro no viene sobrando.

Levinas nos habla de un quiebre en la filosofía porque su relación con el Otro es inédita, la relación con el Otro que nos propone —dice— es metafísica y distinta, en cuanto el Eros platónico todavía es el deseo nostálgico de la unidad perdida, el movimiento de retorno hacia el ser verdadero. El deseo metafísico es deseo de eso con lo que uno nunca estuvo unido, deseo del *ego*, no sólo por separado, sino feliz de su separación que lo hace *ego*. En el pensamiento de Levinas podría ser que todo lo que puede afirmarse de la relación de trascendencia —relación de Dios con la criatura— primero o sólo deba entenderse respecto de la relación social. Entonces, el altísimo sería el otro. Su lejanía se presenta de frente. Es la presencia misma, la cara con que se ofrece a mí al descubierto, en la franqueza de la mirada, en la desnudez de un acceso que nada defiende; Levinas da el nombre de *cara* a esta "epifanía" del otro. Cuando el otro se revela ante mí como lo que está absolutamente fuera y por encima de mí (no porque fuese lo más poderoso, sino porque allí, cesa mi poder), esto es la cara visible. La cara (no la porción del cuerpo), esa presencia que no puedo dominar con la mirada, que siempre rebasa tanto la representación que puedo hacerme de ella, como cualquier otra forma, cualquier imagen, cualquier vista, cualquier idea donde podría afirmarla, detenerla o sólo dejarla estar presente. La cara —esto es lo esencial— es lo que experimento cuando, frente a frente, con esta cara que se me brinda sin resistencia, veo alzarse, "desde el fondo de aquellos ojos sin defensa", a partir de esa debilidad, de esa impotencia, lo que se entrega radicalmente a mi poder y asimismo lo recusa absolutamente, convirtiendo mi poder

más alto en imposibilidad. Ante la cara—sustraya Levinas— *yo no soy poder*. Entonces, el “No matarás” se pronuncia a partir de aquello que se expone del todo a mi poder de dar la muerte. Frente a la cara, tropiezo con la resistencia de lo que no resiste a nada, y esta resistencia—para Levinas— es ética. Por eso, si la metafísica es la relación trascendental con el otro, ya que esta trascendencia es primero de orden moral, es preciso decir, por lo tanto, que la filosofía primera no es la ontología (el afán, la cuestión o el llamado del ser) sino la ética, la obligación hacia el otro. En *Totalidad e infinito* se intenta una salida a la referencia al ser en un movimiento que, de inmediato, es responsabilidad ante el prójimo más que confianza en los “contenidos” del conocimiento que tal vez sólo sean una sombra de lo que pretenden. Aquí la “epifanía del rostro” es desnudez del “otro”, y la relación “cara a cara” con esta desnudez totalmente carente de renuencia alguna, quebranta el propósito totalizante y totalitario de la teoría y conduce al exterior en una aventura sin cortapisas.

Visión sin duda revolucionaria la de Levinas que alienta a salir de la modorra, a agudizar nuestra postura crítica y lanzarnos a escurriñar ese rostro otro, relación que no requiere de fórmulas ni visiones preestablecidas, sino de profundo respeto y apertura a lo otro y a lo que de este encuentro se origina. He sido tal vez excesivo en mencionar hitos del pensamiento de este autor que vivió fuera de su país y cuya producción filosófica, quizá en gran parte, fue motivada por su condición de diferente; lo he hecho porque se trata de una perspectiva que en verdad es antidoto a nuestro individualismo rampón y es una propuesta mayúscula, pero en lo ordinario no faltan quienes tienen los mismos propósitos no sólo en lo que dicen, sino, sobre todo, en cómo viven. Terminó diciendo que las primeras impresiones pueden cambiar: el primer encuentro que tuve con Mijail no fue de reproche a mi papel en esta Facultad, se trataba nada menos que del primer encuentro entre desconocidos, hecho que es arto difícil de interpretar en

esa primera ocasión por ambos participantes. Durante años y en la medida que permiten las circunstancias, al menos hacia mí, el extranjero Mijail, el Otro, ha manifestado la consideración y el respeto que no pueden ser sino una bendición, una dicha para la convivencia.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Blanchot, Maurice, *El diálogo inconcluso*, trad. cast. de P. de Place, Caracas, Monte Ávila, 1970
- Levinas, Emmanuel, *Dios, la muerte y el tiempo*, trad. cast. de Ma. L. Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1994
- Levinas, Emmanuel, *Theorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl*, Paris, Vrin, 1930
- Levinas, Emmanuel, *Totalidad e infinito*, Trad. cast. de D. E. Guillot, Salamanca, Sígueme, 1977
- Steiner, George, *Nostalgia de absoluto*, Madrid, Siruela, 2007